

Creació literària

ALICIA GIL

Un/a cuento/a

Cuando las niñas se hicieron mayores lo decidí. Me matriculé en una academia nocturna para estudiar el graduado escolar. Mi marido me dijo que estaba loca, pero no estaba loca lo que estaba era harta de tener que esperar en casa, con la cena fría sobre la mesa, a que él terminara la partida de cartas que cada tarde, invariablemente, echaba con sus amigos en el bar de la esquina. Mis niñas, al principio, tampoco lo vieron muy bien. Ellas hubieran preferido que me apuntara a una de esas asociaciones de amas de casa que organizan cursos de cocina y macramé. Yo no digo que esté mal eso pero, la verdad, estaba un poco aburrída de las cosas del hogar. Toda mi vida había hecho lo mismo y no me pareció mal dar un nuevo rumbo a mi cincuentena. Cuando se lo dije a la señora me puso morros, no sé muy bien por qué pues sólo le pedí que me dejara salir una hora antes para poder llegar a la primera clase. No me dijo que no, pero siempre se las apañaba para mandarme alguna faena a última hora, que si «¡Mire usted a ver si los dobladillos del uniforme del niño están bien cosidos!», que si «¡Mire usted a ver si falta algún botón en las camisas del señor!», que si «¡Antes de irse deje planchadas las toallas!», que si... ¡Qué sé yo! Parecía que le supiera mal. Por eso, cuando me salió la oportunidad de trabajar para una agencia de limpiezas, me largué y la dejé con tres palmos de narices. El día que me comunicaron que mi trabajo sería en la universidad me pareció cosa de la Providencia. Casi vi en ello una señal de ánimo, que se me enviaba desde el más allá, para continuar mis estudios.

Desde el primer momento noté que aquello andaba revuelto. Tal vez debido a mi falta de formación, de siempre había considerado que la gente con estudios se comportaba de otra manera. Pensaba yo que eso de la cultura le daba a uno recursos para afrontar los avatares de la vida con dignidad y educación pero, quía, está claro que yo, quitando de fregar, de lo demás andaba un poco despistada, por decirlo de alguna manera. Mi primer despiste fue creer que era universidad porque, cuando yo entré, todavía no era. Era un sí pero no. Como una sucursal de la universidad de verdad. Unos querían seguir lo mismo pero

mejor. Otros querían ser independientes. Tanto los profesores y las profesoras como los chicos y las chicas que estudiaban allí estaban divididos. Unas y unos que si mejor dependiendo pero con independencia, otras y otros que mejor independientes totales. Un lío. La directora de entonces, una señora muy apañá y trabajadora, dejó el puesto y se formó una especie de dirección a pachas entre los que más bronca organizaban. Yo, por aquel entonces, todavía no me enteraba muy bien de por dónde iban los tiros aunque, eso sí, cuando había asambleas allá que iba con la intención de pillar algo y aclararme. En casa, cuando lo contaba, bronca. Mis niñas no decían nada, pero mi hombre se ponía hecho un energúmeno cosa que, todo hay que decirlo, no le suponía mucho esfuerzo pues era un poco bestia de natural. Bueno sí, muy bueno, pero bestia también. Que si «¡A ti qué te va en esa guerra!», que si «¡Te estás jugando el curre a lo tonto, que pareces idiota!», que si «¡ Tu qué entiendes de esas cosas, so lerdá!», que si «¡Más te valdría tener tu casa en orden!»; vaya, que cualquiera que le oyera, y cualquiera podía oírle porque lo decía a gritos, podría pensar que mi casa estaba abandonada y ¡De eso nada! que, aunque esté feo decirlo, la tenía limpia como una patena y tanto mis niñas como él iban que daba gusto verles de aseadas y planchado. Además, era lo que yo pensaba, si me echaban de allí pues oye, sin problemas, que para encontrar otro sitio donde fregar no lo tenía difícil. Pero reconozco que a mí me gustaba trabajar allí. Los chicos y las chicas jóvenes eran, por lo general, un poco pasmadillos pero buenas personas, que había quienes me ayudaban a llevar las bolsas de basura y todo eso... ¡Buena gente! Aunque también había pelotilleros y otros y otras que andaban por los pasillos con la nariz levantada como si olieran mierda, que digo yo, con perdón, claro que gente de esa la hay en todas partes. También entre la docencia - como llaman a los profesores y las profesoras - había gente así. Lo de que les llaman docentes me lo enseñó mi profesor de graduado, que el pobre, pensaba yo que por buena voluntad, en aquel entonces me ayudó mucho a entender los tejemanejes. Tal era su interés, que un día a la semana me hacía escribir una redacción sobre lo que oía en los pasillos de la universidad que todavía no era. Lo malo de los pasillos, es que tienen como un eco especial que no sólo te hace escuchar lo que dicen los otros sino también lo que una misma dice. Así, un día me sorprendió escuchar un comentario de los que yo había puesto en las redacciones que, se suponía, sólo leía mi profesor. Me puse a hacer averiguaciones - para lo que me sirvió de mucho haber visto las pelis de detectives que ponen en la tele - como quien no quiere la cosa, hasta enterarme de la relación de amistad que tenía mi profesor con otro «docente» que trabajaba allí, un correveydile al que apodaban «radiomacuto». Sabido eso, y porque de tonta no tengo un pelo, aunque esté feo decirlo y mi hombre diga lo contrario, decidí poner en las redacciones aquello que me interesaba que se supiera y, sobre todo, empecé a contar cosas que beneficiaran a mi gremio. Mano de santo fue aquello, no porque a las de la limpieza nos fuera mejor, no, que ni caso hicieron a mis comen-

tarios al respecto, sino porque así pude controlar a «radiomacuto» y, a través de él, a las distintas camarillas, esos grupos que siempre dan la vara en beneficio propio.

«Radiomacuto», en cuestión, no era mal chiquito. Era hijo único y estaba acostumbrado a que su madre le dijera que era muy listo. Yo a mis hijas también se lo digo, no vayan a creer, aunque a las chicas no es bueno, según mi hombre, decirles esas cosas porque como luego nunca llegan a nada pues se quedan como con las ganas y, a lo peor, lo que consigue uno es que no sean felices en el matrimonio o, peor todavía, - siempre según mi hombre, que yo, visto lo visto, cada día lo tengo menos claro - no encuentren un hombre que se haga cargo de ellas. Yo, aunque no sea bueno, a veces les digo que son muy listas, pero reconozco que las madres somos un poco pesadas y con los hijos no siempre decimos la verdad, claro que yo sí que les digo la verdad a mis niñas pero pocas veces. «Radiomacuto» tonto no era, si acaso bobalicón, de esos que dicen lo que dice la gente con quien se junta. Para quedar bien, claro. Era de entender porque, a la que me contaron, sus padres habían hecho mucho sacrificio para que el hijo les pudiera estudiar y ahora que estaba trabajando allí no iba, el pobrecillo, a echarlo todo por la borda... Se vio claramente, cuando luego vinieron los de afuera, que era por esa razón que el muchacho se amalgamaba con lo que fuera menester, siempre que menester tuviera trazas de estar arriba. ¡Pobre «radiomacuto», que se me hacía a mí que el chico no se daba cuenta de que le utilizaban... Hasta yo lo hacía, aunque esté feo decirlo y hacerlo!. Otro, que no tonto precisamente, también hacía de las suyas por allí. Era amigo de «radiomacuto» y le mandaba a buscar información. Ese sí que daba el pego, porque a «radiomacuto» se le veía el plumero rápido, pero al otro... Jój, ese era de los peligrosos, de los de calumnia que algo queda, que digo yo aunque ya sé que es un refrán muy viejo. Ese iba siempre con la sonrisa puesta, echando la mano por el hombro a unos y a otras y a la que se volvían... ¡Zas, zarpazo, a criticarles... pero cómo les criticaba, madre mía! Era de entender, y con esto no vayan a pensar que trato de justificarle, no, es que el chico, a lo que parece, se había criado en un pueblo perdido de esos que tienen costumbre de criticar - digo yo que porque la tele tardaría en llegarles - y, a lo que se veía, no la había olvidado el hombre, a pesar de estudiar en la capital, y es que hay cosas de la infancia que le quedan muy marcado a uno. Lo peor no era que criticara, que eso, la verdad sea dicha, lo hacemos todos y todas y lo que empieza siendo costumbre acaba por convertirse en norma, que lo oí decir a no sé quién, sino que mentía descaradamente aprovechándose de la discreción de quienes le escuchaban. ¡Le oí decir cada cosa...! En más de una ocasión tuve que decirme «¡Quieta, que no son tus asuntos!». Hice bien. Voy a contarles un caso para que se hagan una idea: A una chiquita - que mira por donde era familia de mi vecina - que le plantó cara, le sacó el bulo de que «Si esa hace lo que hace y dice lo que dice es porque un día me propuso acostarme con ella y le dije que no». Además de co-

nocer a la chica, es que una cuando limpia también escucha y si «radiomacuto» sabía, yo sabía más pues tenía escuchadas las realidades...Pero, como ese no era mi problema, me callé, al fin y al cabo a todas las mujeres nos han colgado alguna vez el sanbenito.

Según pasaba el tiempo, aquel lugar me resultaba más chocante. No se me hacían a mí así las universidades - aunque ésta no era aún pero casi - pues, pensaba yo, que esos lugares eran poco más o menos que templos del saber que, de moza, tenía yo entendido que las ideas salían de allí. Cuando Franco, escuchaba, una servidora, radio pirenaica y decía siempre que los estudiantes esto, que la universidad aquello, que si habían hecho frente a la policía, que si la solidaridad con no sé cual...;Y qué sé yo la de cosas de esas que le daba a una la sensación de que las habas se cocían tal que allí! Claro que, de tanto cocerse, debieron achicharrarse porque poca sustancia le veía yo a aquello. A lo mejor era mi ignorancia lo que me hacía pensar así y eso es lo normal. Había profesores que tenían los apuntes plastificados y siempre repetían lo mismo... ;Hasta uno había que se inventaba las fórmulas de no sé qué! Todo el mundo lo sabía, de ahí que yo me enterara, pero nadie hacía nada por remediarlo. Un día les conté a mis niñas estas cosas y creyeron que se lo decía para consolar a mi mayor, que de siempre había querido estudiar pero su padre no lo había permitido. Aunque por razones distintas, empecé a pensar que tal vez mi hombre no estuviera tan equivocado y eso de estudiar no fuera sino perder el tiempo y el dinero, a no ser que te sirviera para otras cosas diferentes al saber. A mi hombre no le dije nada de estos pensamientos porque entonces me habría quitado de la academia y eso sí que no, que una cosa era que hubiera gente vaga, que la hay en todas partes - incluido mi marido, que si trabajara al ritmo que bebe a buenas horas -, y otra que estudiar sea malo.

También había gente buena, no se vayan a creer, aunque esos como no intrigaban pues nadie nos percatábamos de ellos, mejor dicho de ellas, porque, aunque esté feo decirlo por eso de ser mujer y porque se va a pensar que les veo menos los defectos, lo cierto es que las mujeres intrigaban menos que los hombres... A lo mejor era porque tenían otras cosas que hacer fuera de allí ya que, cuando terminaban las clases, muchas de ellas salían disparadas a recoger a los hijos del colegio, o a preparar la comida, o cosas de esas, y las que no tenían esas obligaciones pues se buscaban otras. Una cosa que me chocó siempre es que a la mayoría de los actos, que se hacían fuera de las aulas, iban más mujeres que hombres. Sólo si venía un alto cargo de algo los hombres acudían veloces. También me llamaba la atención que hubiera más profesores que profesoras, aunque veía yo más estudiantas, valga decirlo así, que estudiantes; mucha secretaria y pocas o ninguna mandamases. Una vez, vinieron unos chiquitos a hablar de la mili y yo me acerqué a escuchar porque mi sobrino estaba para entrar en filas... ;Menuda sorpresa: había más chicas que chicos!;Qué cosas, verdad!. Ahora que me lo estoy pensando, y esto no viene a cuento, mira la que

montaron los mineros porque unas se metieron a mineras y decían que no estaba bien porque había mucho paro... No digo yo que no, pero con tanto paro todavía estoy por ver a un hombre de limpiador, que a parte de limpiar cristales, o mandar limpiar, no me he encontrado yo con ninguno dándole al mocho, y años ya llevo en esto ¡Eh! A lo que iba, - que como dice mi hombre se me va el santo al cielo, claro que su santo le debe acompañar al bar- que las mujeres tenían como más disposición por las cosas aunque éstas no les sirviera para mejorar el curriculum - lo del curriculum, aunque suene raro no es nada malo sino todo lo contrario, es como si una apuntara en un papel todo lo que sabe hacer y ha hecho, acompañado de un certificado de que sí es verdad todo lo que pone pues si no no vale. Cuanto más gordo mejor. Cuando se lo expliqué a mi hombre, tal que así, me dijo que como a lo que suena de las mujeres, que cuanto más gordo mejor. No me enfadé, que conste, pero me molestó porque en lugar de tener abierta la mente para aprender parece que sólo la tuviera dispuesta para esas cosas... ¡Jesús, que hombre me ha tocado en suerte!-

En aquel tiempo había muchas cosas que hacer, muchos actos de esos, quiero decir. Me lo pasaba bien. Cuando la encargada se despistaba me metía a ver las películas, o las exposiciones, o a escuchar las charlas, o la música... Me gustaban las cosillas que se hacían porque también me servían para aprender más en la academia, pues me parecía a mí que se me abrían las entendederas. Entonces la gente todavía andaba revuelta pero menos, más a mejorar la universidad que no era y menos a lo suyo. A pesar de estar entre gente tan culta, ocurrían cosas sorprendentes que, se me hacían a mí, poco dignas de personas tan leídas. Les pondré un ejemplo, pues, si no general, sí era frecuente que algunos profesores se rascaran los huevos con fruición cuando hablaban con una y a mí, la verdad, me daba como apuro, primero porque no sabía donde mirar, segundo porque me daban ganas de regalarles un bote de zotal y, tercero, porque me imaginaba qué pasaría si, en lugar de ser unos, fuese una e hiciera el mismo gesto... Cosas mías, supongo, porque a nadie vi yo sorprenderse o extrañarse. Uno que me gustaba mucho era un señor de los mandamases que poseía el arte de decir sin decir y hacer sin hacer... ¡No había manera de comprometerle! Tenía un discurso de ni sí ni no sino todo lo contrario que a mí me encantaba. Intenté aprenderlo pero nunca me salió, para eso parecía preciso tener escuela. A lo que se ve, había estudiado con curas, o algo así, y con los curas se aprende mucho de estas cosas, dicen. Claro que, decir por decir, y curas por curas, porque otros que parecían curas pero sin serlo, aunque decían vivir como si lo fueran, también andaban a la que caía, aunque éstos mandados por la «obra», que decían entre ellos. Si he de ser sincera, confesaré que nunca llegué a entender de que obra se trataba, pues para la obra divina, para el más allá y todo eso, no les veía yo muy dispuestos, que se me hace a mí que la opulencia y esas cosas no tendrán mucho lugar en el paraíso, a no ser que allí haya llegado también la tele que además de instruir, lo sé por experiencia, hace que te entre la gana de

vivir a todo trapo. Será por eso, o por algo parecido, que los «divinos» estaban más por las cosas terrenales, puestos de mandamases y eso.

A la que iba y a la que venía, o sea, entre unas cosas y otras me saqué el graduado escolar. Ponte que te ponte hice un examen, que llaman de acceso, y me pude matricular para estudiar de maestra. Mi hombre estaba que trinaba, pero yo erre que erre. Había aprendido muchas cosas en los pasillos. Una se fija mucho, la verdad, y me daba cuenta de las cosas que hacían los hombres y los errores que cometían las mujeres. Poquito a poco comencé a imitarles, a ellos, naturalmente, porque veía yo que eran ellos, no ellas, quienes siempre se llevaban el gato al agua, que ellas, a lo más, lo que hacían era el trabajo, y una ya no estaba para servir más de lo que llevaba servido, que no era poco, la verdad sea dicha. Los estudios de maestra no se me daban mal. Las manualidades, la flauta y todas esas mandangas bien. Tampoco tenía muchas materias que precisaran darle «al tarro» en exceso. Copiaba al pie de la letra lo que decía el profesor de turno en la clase de lo mismo; me lo estudiaba de memorieta, cosa fácil para mí pues así aprendí, de niña, el catecismo y las normas de convivencia que nos enseñaban las de la sección femenina, y lo soltaba en el examen tal cual. Como no disponía de mucho tiempo para estudiar, las niñas me leían los apuntes en voz alta y lo grababa en el cassette. Por la noche, mientras los demás veían la tele, al meterme en la cama, después del desahogo marital las pocas veces que lo había, o mientras mi marido escuchaba los resultados de los partidos, yo me ponía el cachibache ese que tiene como unas orejeras que tanto gusta a mi pequeña, forofa del rocanrol, que se pasa el día con él puesto para no cabrear a su padre, y me escuchaba todo lo que habían dicho los profesores, a la vez que planchaba, repasaba, o trataba de conciliar el sueño, según el caso. Así, conseguía tres cosas: La primera, y principal, aprenderme las lecciones; la segunda, perderme al Jose María García, lo cual era un alivio y, la tercera, evitar el suplicio diario de los ronquidos de mi hombre. No me enteraba de lo que ponía, es verdad, pero los exámenes me quedaban requetebien. Igualmente, me ayudaba mucho lo estupendos que eran conmigo mis compañeros y mis compañeras de clase, y que los profesores, por huesos que fueran, acababan aprobándote en septiembre pues parecía que les daba grima tener repetidores, tal vez porque como siempre contaban lo mismo pues se sintieran molestos al tener testigos de las redundancias. La palabra esa, redundancia, la aprendí hace poco. Me gusta, porque es igual que decir repetir pero en fino, sin R-E-D-U-N-D-A-R, que en algo se tiene que ir notando los estudios de una. Eso sí, con las clases tuve que cambiar el turno de trabajo en la universidad que todavía no era, pero a puntito estaba de serlo. Las tardes eran más aburridas. La gente estaba como más paradilla, más a lo suyo, aparentemente. Había menos mogollón, valga la expresión que, aunque no muy fina, lo sé, deja muy claro lo que quiero decir. Me recordaba a mi academia de graduado. Apenas sí veía a alguno de mis conocidos.

Casi tenía perdida la pista de «radiomacuto» y «calumniaquealgoqueda»,

cuando aparecieron los señoritos esos de fuera que traían el título de universidad bajo el brazo. ¡Ay madre, la que se montó entonces! Ni en los mejores tiempos había visto yo tanta movida y tanto corro junto. Unos que si mal, otros que si peor, pero en cuantito aparecía el señorito mandamás todos que muy bien, que sí señor, que lo que usted diga... «¡Ay, Filo!», pensé entonces, «¡Que otra vez empieza el cacao!». Pensado y hecho. Lo de Filo, quizá sea necesario explicarlo, iba por mí que me llamo Filomena. Mis padres no eligieron el nombre a propósito, para fastidiarme como pensaba yo de pequeña, no, lo hicieron por el santo del día que nací, que por aquellos tiempos era costumbre.

A lo que iba que, como ya tengo avisado, se me va el santo al cielo a la que me descuido. Yo trataba de poner la oreja, de enterarme dónde estaba el meollo del asunto y los porqués de tanto revuelo. Era difícil pillarlo, la verdad, porque a todos les parecía mal todo pero pocos, o muy pocos, lo manifestaban en voz alta. Yo me preguntaba: «¿De qué les servirá no estar de acuerdo con ese señor si no se lo dicen?». Para aclarar mis ideas, me armé de valor y le pregunté a «radiomacuto» la duda dicha. El chico, me explicó que cada quién pretendía sacar tajada de aquello. No me lo dijo así, la verdad sea dicha, lo que me dijo en realidad fue: «Es una situación muy conflictiva, puesto que de las decisiones que se tomen ahora, y de las cuotas de poder que alcancen las diferentes tendencias ideológicas instaladas en el Centro, depende no sólo el futuro de la universidad sino también nuestros puestos de trabajo. Usted, Filo, no entenderá muy bien esto. Es alta política. ¡Ay, Filo, qué más quisiera yo, pero no se puede ir con la verdad por delante porque te descalifican! ¡Hay que ser diplomáticos, Filo, no lo olvide!». «¡Ah!», respondí yo. Una respuesta breve, lo comprendo, pero puse el gesto como de haber entendido todo y «radiomacuto» se dio por satisfecho. Esa noche, en la cama, tratando de conciliar el sueño, ahuyentado por los ronquidos de mi hombre, entendí lo que el muchacho había querido decirme.

Desde entonces, y por lo que pudiera ocurrir en el futuro, cada vez que me topaba con el señorito mandamás yo le sonreía. Aunque él parecía no verme a lo mejor, en una de esas, me miraba, que una no sabe nunca lo que puede pasar y, si le caía bien, lo mismo me hacía encargada de la limpieza. En agradecimiento, cada vez que veía a «radiomacuto» también le sonreía, aunque con gesto distinto del que dedicaba al mandamás; la sonrisa era como de complicidad y agradecimiento.

Un día, me encontré en medio de una reunión de las chicas. Traté de salirme, por educación, claro, pero me dijeron que podía seguir a lo mío si quería. Seguí limpiando. Todo el mundo las llamaba así, las chicas, yo también, naturalmente, que no soy quien para cambiar las costumbres, aunque se me hacía raro porque había grupos de hombres que se juntaban y nadie les nombraba como «los chicos». Eran profesoras y administrativas que se reunían para reivindicar sus derechos, según ellas mismas me dijeron. Ese día me enteré que eran feministas. Un disgusto sí me dí, la verdad, porque la idea que tenía yo de

las feministas esas era de mujeres hombrunas, marimachos, que se hacen así porque nadie quiere casarse con ellas, aunque éstas, la verdad, no tenían esa pinta, que las había casadas y con hijos, y bien mujeres que parecían y bien apañadas que iban... En fin, que no tenía nada que ver lo uno con lo otro. También me lo explicaron. Ese día andaban muy revueltas porque el señorito que había venido de fuera a poner las cosas en orden, el mandamás ese a quien yo no dejaba de sonreír por lo que pudiera ocurrir, no tenía en cuenta a las mujeres ni contaba con ellas para los cargos de responsabilidad. Querían reunirse con él y decírselo a la cara. Hablaban sin medias palabras, claramente. Estaban muy enfadadas. «Es necesario que haya mujeres, no tenemos por qué ser nosotras, pero que estemos representadas...». Decían. Aunque no abrí la boca, me extrañó que anduvieran tan alborotadas y sorprendidas. A ese señor se le veía el plumero, que digo yo, aunque al decir esto no me refiero a que ese señor fuera enseñando sus interioridades, no, por Dios, no vayan a pensar eso, que un rato pulcro que iba siempre el hombre, con su pelo pegado a la cabeza, y su corbata, y su traje cruzado, como debe ser en estos casos; es que, hasta yo me daba cuenta, a ese hombre se le notaba muy preocupado por las cosas de los hombres, quiero decir, muy por el triunfo y las técnicas y todo eso, como los que salen en la tele que ahora les llaman jupis, o chupis, o yupis, o algo así... Y los que salen por la tele no parecen muy interesados por las mujeres a no ser por lo corriente, o sea, para lo que casi siempre quieren los hombres a las mujeres. Pero las chicas no parecían percatarse de ello y daban por hecho que, ese señor, tenía que contar con mujeres para dirigir la universidad que aún no era pero casi. «¡Vais listas!», pensé yo aunque no dije nada.

En éstas, nos daba el final de curso y yo que terminaba mis estudios. Ya era maestra. Me faltaba una escuela para cambiar de trabajo y, ahí, no le ponía yo ilusión porque una compañera, limpiadora como yo, era sicóloga y limpiando estaba la mujer - Me perdonen si me he comido la «P» de la sicología, pero es que no estoy segura de si se pone y, de ponerse, no sé muy bien dónde colocarla, que eso no me lo aprendí-. Mí hombre, cabreado, claro, porque decía que a ver si se me iba a subir el pavo a la cabeza y no iba a cumplir con mis obligaciones en la vida que, según él, eran mis hijas, mi casa y él mismo de manera muy especial, según él. Mis niñas contentas, todo hay que decirlo. Yo, feliz, para qué engañarles, y eso que no podía imaginar que iba a suceder lo que sucedió. Les cuento:

Hace tres días, sonó el teléfono de mi casa y «calumniaquealgo queda» preguntó por mí. Como lo había cogido yo, le dije «¡Al aparato!», muy extrañada, eso sí, por que era la primera vez que ese chico llamaba a mi casa; también un poco asustada por sí, por circunstancias de la vida, me había puesto en su punto de mira y me iba a cargar, a mi también, con el sanbenito de que me quería acostar con él, que aunque no pegaba nada, por mi edad sobre todo, una nunca sabe. Cuando me dijo que él y «radiomacuto» querían verme me tranquilicé por la parte dicha pero me preocupé por otra, pues no veía, a mi enten-

der, ninguna razón posible para ese encuentro y él se mostraba misterioso y no quería largar nada. Dejé que decidiera mi intuición y le dije que bueno. Quedamos en una cafetería. En casa ni pío, que a buenas horas me dejar mi hombre citarme con otros dos y acudir sola. De saberlo se hubiera venido y no es de personalidad presentable, todo hay que decirlo. ¡Bendita la hora! Casi me parece un sueño, pero no, que me pellizco y es verdad. A lo que se ve «las chicas» habían ido a hablar con el mandamás y, como son de rompe y rasga, el hombre quedó un poco preocupado porque, a la que me dijeron, quería quedar bien con todos y con todas para no tener problemas... Total, que pensaron en mí, sí, sí, en mí misma. Requisitos, para ocupar un cargo de los de arriba, los cumplía todos: Trabajadora, de estar trabajando, titulada y mujer. Así, si acepto, cuando comience el curso, estará organizada la dirección de la universidad que ya sí es. Pensé que se burlaban de mí, aunque no tardé en notar que iba en serio. Les pregunté que por qué yo y me contestaron que así, con un sólo nombramiento, darían gusto a mujeres y sindicatos. Les dije que yo no era de ningún sindicato. Me dijeron que daba igual, que con ser de la limpieza sobraba para dejarlos contentos. Les dije que ¡Ah!. También les pregunté cuál sería mi faena. Me dijeron que me encargaría de la Cultura. Les dije que cómo me iba a encargar de la Cultura si yo apenas tenía. Me dijeron que me conseguirían los programas de las actividades culturales que se hacían cuando todavía no se era universidad, que como el mandamás por aquel entonces no estaba se pondría tan contento sin sospechar la burda copia. - Lo de burda no lo dijeron-. Les pregunté si el mandamás estaba enterado de sus ideas sobre mí. Me dijeron que sí. Les dije que valía. Me dijeron las condiciones: Ellos de mis ayudantes con cargos directivos. Como ellos entendían, y yo no, serían mis asesores. Les tendría que hacer caso siempre. Les dije que por supuesto. Me dijeron que me tenía que afiliarse a un Partido. les dije que bueno, siempre y cuando no fuera muy de derechas. Me aseguraron que muy de derechas no era. Les dije que si las chicas lo sabían. Me dijeron que no ni falta que hacía. Les dije que me gustaría consultarlas. Me dijeron que ellas no estarían de acuerdo, que eran muy elitistas y verían en mi nombramiento una bofetada para su causa. «Calumniaquealgoqueda» apostillé que les daría envidia. Les dije que me lo pensaría y en ello estoy.

He hablado con mis niñas y me han dicho que adelante, que si decido que sí me ayudarán con mi hombre. He llamado a alguna de «las chicas», saltándome el orden de los muchachos, y me han dicho que me ayudarán en lo que puedan, pero, no sé, se me hace a mí que no les hizo gracia porque se quedaron como extrañadas. Si decido que sí no contaré con ellas que, como dijo «calumniaquealgoqueda», hay mucha envidia suelta por ahí. Me fiaré de ellos, al fin y al cabo son hombres y saben de qué va esto. Si me mandan pues a obedecer, que para eso estamos las mujeres. Estoy por decir que sí. ¡Mira que si me hacen mandamás!. Aunque sólo sea por ver la cara de mi hombre digo que sí, vaya si lo digo, y lo que sea... Sonará.